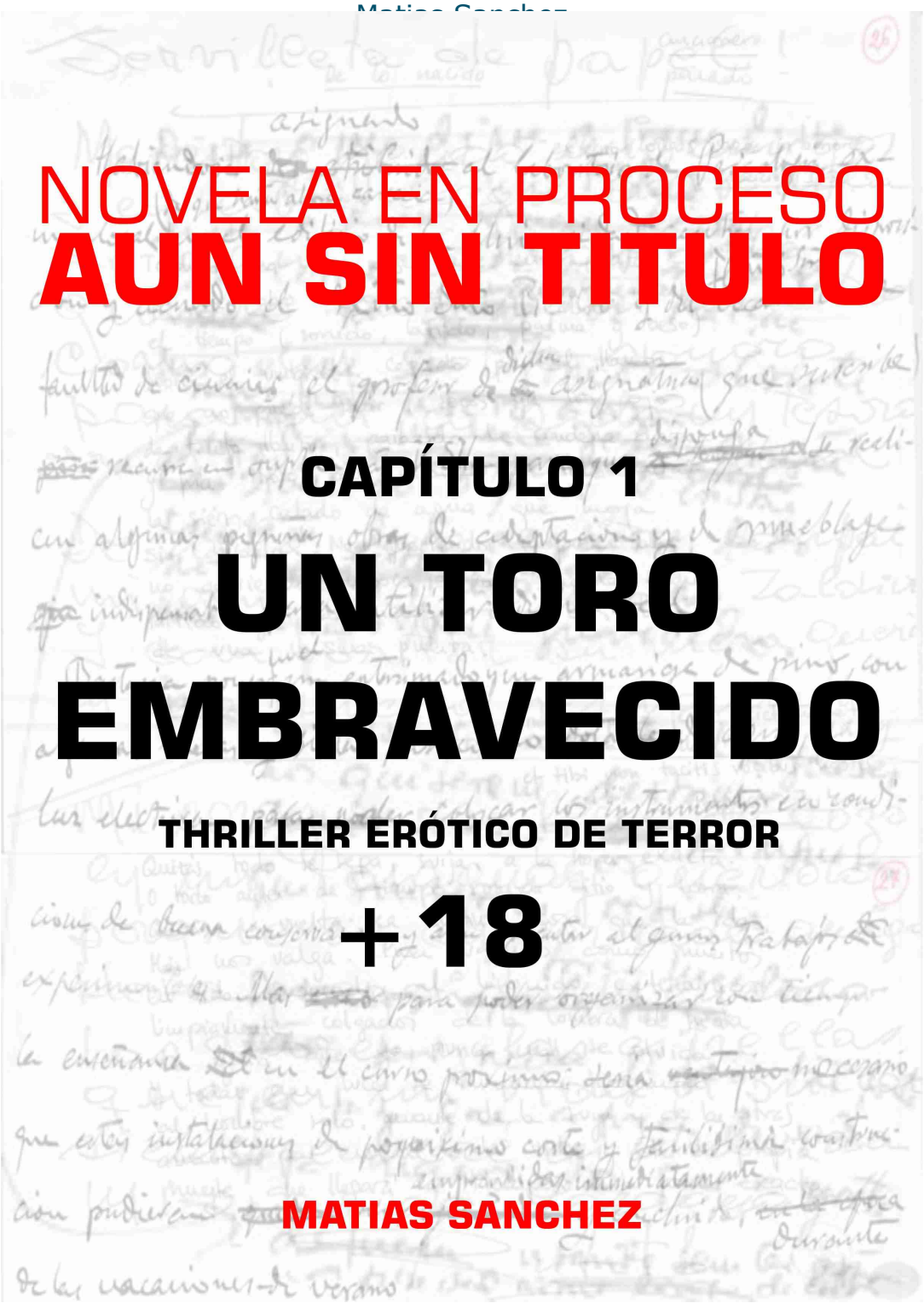
NOVELA EN PROCESO - PROLOGO O CAPITULO 1 - UN TORO EMBRAVECIDO

Matias Sanchez



Capítulo 1

CAPITULO 1 o PRÓLOGO

Un toro embravecido

La tensión sexual era insoportable. Ambos habían intercambiado dulces besos y alguna que otra caricia inocente, pero los cuerpos se estremecían por completo ante el más mínimo contacto.

Ella llenó dos copas de vino y fue al gran sillón de tres cuerpos que tenía frente a la tv. Se sentó sobre sus piernas dobladas como niña inocente, mientras con una serie de gestos muy sensuales lo invitó a acompañarla. Él, que la deseaba con locura, caminó lentamente para incrementar la expectativa y en un ademán masculino de control, se sentó a cierta distancia mirándola a los ojos. Ella se acercó suavemente, gateando sobre los mullidos almohadones de chenille turquesa, deteniéndose a milímetros de su boca. Los ojos de él estaban clavados en las dilatadas pupilas de ella. La electricidad que generaban esos cuerpos calientes, envolvió de estática el ambiente, permitiendo que algunas chispas fueran visibles gracias a la suave iluminación que generaban las luces callejeras, ingresando por el amplio ventanal.

Él decidió completar el recorrido de las bocas, uniendo sus labios con intensidad. La pequeña lengua de ella escapó del doble sello carnal para recorrer la curvatura de aquellos bordes masculinos rodeados de vellos muy cuidados. El aroma frutado de su aliento impulso el encuentro de las húmedas extensiones carnales. Él la tomó de la cintura con firmeza y de un solo movimiento pegó su cuerpo al de ella. Sus bocas no querían soltarse, cuando esos besos comenzaron a probar cada rincón posible de sus rostros.

Los zapatos salieron eyectados como proyectiles de sus pies, confirmando que las ropas que cubrían sus abrasadoras pieles, estaban de más. Una copa de vino se tumbó con fuerza y el contenido recorrió el piso a lo largo del salón. Ya nada importaba. Nada los separaría.

Las manos de él pudieron escabullirse por debajo de la blusa, sus dedos presionaron con fuerza la superficie de su espalda a medidas que subían y bajaban masajeándola. Las manos de ella, le sujetaron con ímpetu los cabellos de la nuca e intensificó los besos al ritmo de sus dedos reconociendo cada vertebra, cada costilla, cada músculo. No pudo soportarlo más, enderezando su espalda para alejarse un poco de su pecho. Lentamente, uno a uno, desprendió cada botón de la camisa de él, mientras movía en círculos su cadera, presionando sobre su erecta

virilidad.

Él sentía que iba a estallar, intentando retomar el control de la situación para evitarlo. Ella sin dudarlo, tomo sus muñecas, retirándolas hacia los laterales. Sin decir una palabra, hizo un gesto claro de negación sensual, que él instantáneamente comprendió. El juego había comenzado y lo harían bajo las reglas de ella, al menos inicialmente. Una frase quedó suspendida en el aire sin decir una palabra: "No te apures, todo a su tiempo. Se paciente y lo tendrás todo. Sí, todo." Ella abrió la camisa de par en par arrojándose sobre su cuello. Comenzó besando pasionalmente su oído. Introdujo su lengua recorriendo cada pliegue.

Se sentía extraña, como poseída por algún espíritu lujurioso que le hacía perder de alguna manera, parte del control sobre sus actos. Esta situación la llevo a hacer cosas que nunca hubiese hecho, menos en una primera vez. Su faringe incontenible, le dio lugar a las vibraciones de sus cuerdas vocales y susurró:

-No sabes cuánto te deseo, me vuelves loca. Me gustas, me encantas... Te deseo...-

Inmediatamente él se estremeció. Parecía tener un espasmo general de cada músculo. Había conseguido excitarlo hasta el borde de la insania, sin intensión alguna de detenerse.

Bajó con sutileza desde la oreja. Recorrió su cuello de este a oeste, de norte a sur. Continuó bajando por su pecho, rodeo cada pezón para hacerlos codiciar sus labios, paseó por su estómago y si previo aviso, subió a calmar la ansiedad. Succionaba con fuerza las aréolas de cada pectoral. Una primero, luego la otra, volver, repetir. Su lengua giraba sobre ellas en sentido horario, mordiéndolas suavemente, de tanto en tanto, en ambas puntas rígidas. Él continuaba retorciéndose como animal agonizante. Sus grandes manos tomaban con firmeza el largo pelo que cubría casi toda la espalda de ella y por momentos cambiaban abruptamente, estrujando el tapizado del sillón.

La lengua siguió recorriendo la silueta torneada de su amante. Cada músculo estaba perfectamente definido sin exagerar en su tamaño. Todo era armónico, detallado, deseable. Cientos de curvas que besar, que conocer, que disfrutar. Sus labios tomaron contacto con cada centímetro de su abdomen. En cambio, a los laterales de su hombre, prefirió lamerlos suavemente hasta donde nacían sus fuertes piernas. Una vez allí, se concentro en la pelvis y el pubis. Zonas descuidadas por la mayoría, pero que ella logró transformar en centros erógenos inexpugnables.

Casi lampiño en todo su desarrollo a excepción de la ingle, donde el pelo crece focalizado y recortado a la perfección. Cada detalle afirmaba su hombría, resaltando sus cualidades de gran seductor. Ella no soportó más,

besó con agitación el entorno delicadamente alfombrado, logrando distraerlo del punto focal, para atacarlo sin que él se diera cuenta. Boca llena de saliva, abierta de par en par y un tieso pene que desaparece como por arte de magia.

Una arcada involuntaria casi rompe el momento de éxtasis. Costó inicialmente, pero consiguió introducirlo hasta el final de su garganta. No quería soltarlo. No quería dejar de mamarlo jamás. Aquel miembro era hermoso, equilibrado, ancho y muy firme. Su tono rosado demostraba salud, cuidado, experiencia.

Succionaba con fuerza, con desesperación. Estaba tan excitada que creyó reventar. Enajenada, extasiada. No podía dejar de chupársela. Subía, bajaba. La recorría con su lengua, la absorbía hasta la garganta.

Una vez que estuvo bien lubricada con su saliva, decidió masturbarlo un rato mientras bajaba hacia sus testículos. Lamio las bolsas tratando de no ser muy brusca para no producir dolor. Siguió besando sin parar, hasta que el espacio olvidado entre sus nuevos amigos y el ano, fue la víctima elegida. Utilizando su mano libre para presionar con las yemas de los dedos, en continuas caricias duras, humedeció cada pliegue del área. Una exhalación ronca de placer abrió una nueva puerta al juego que recién comenzaba.

Abandonó todo y se puso de pie. Él quedó perplejo y antes de que pudiera decir algo, ella cubrió su boca con un dedo, revelándole que se mantuviera en silencio. La magnitud sexual estaba por expandirse.

Fue hasta la cocina caminando en puntas de pie, para que el frío del piso no le quitara ni un grado de temperatura. Tomó una vieja soga y volvió hacia su hombre. Con un nudo simple, intentó inmovilizar al sujeto, cuyas manos se situaban ahora sobre su cabeza. Él se predispuso a la situación, sometiéndose a los deseos y designios de su nueva comandante en aquella guerra afrodisíaca. Una vez asegurado, ella levantó esas piernas varoniles para retomar las succiones. Cuando el calor estuvo otra vez en los niveles deseados, descendió sin avisarle hasta su ano, para introducir con vigor su curioso apéndice, originalmente pensado para hablar. Nuevamente el silencio se vio destruido por esos gemidos ásperos de fruición. Giró su lengua en torno al nuevo punto erógeno mientras masturbaba con poder el miembro hinchado.

-Por favor, basta... Me estas matando... Por favor, no quiero terminar ahora... Me encanta!!!...- Exclamó él con su voz entrecortada por la agitación del momento.

Ella solo levantó su mirada. Sonrió sin quitar el pene de su boca y siguió chupándolo, aún con mayor intensidad. Ahora le miraba a los ojos sin siquiera pestañar. Ella misma no podía creer el momento de intimidad y

confianza que se había generado. O realmente había algo más que la dominaba gradualmente. Las visiones directas seguían encontrándose en el mismo punto focal. Iris, pupilas dilatadas y una expresión sádica, sexual, perversa, penetrante, confirmaba que la locura se había apoderado de su alma como nunca antes había ocurrido. Estaba haciendo cosas que jamás se había considerado capaz. Se sentía libre, plena, única. No iba a detenerse con facilidad, la enajenación que distribuía los movimientos, no iba a permitir que la situación terminara pronto. El placer debía durar toda la noche como mínimo.

-¿Te gusta?... susurró ella con una sonrisa pícara, mientras le lamía el glande con cara de niña traviesa.

-A mí me encanta... ¿Quieres que pare?...- añadió cambiando su expresión al de una nena triste.

Él no aguantó más la voracidad de la situación y de un solo movimiento se libró de las ataduras que supuestamente lo mantenían sometido, inmóvil, desprotegido. Se incorporó sentándose con violencia, la tomó del trasero para levantarla sobre él y besarla con fuerza. Las lenguas se encontraron como dos amores que hace mucho tiempo no se ven. Ella dejo abierta su boca al experimentar un estado de contemplación trascendental, él le tomó el apéndice entre sus labios y lo recorrió en su escasa extensión, cual felatio.

Sin que ella alcanzara a reaccionar, la giró en el aire tomándola de su cadera. Boca abajo sobre los suaves almohadones del sillón, él la cubrió con su cuerpo y el choque de ambas pieles inflamables, encendió la volátil atmosfera que elevó a mil grados el momento.

Inició en la mejilla, pasó por la oreja focalizándose en el recorrido por los laterales del cuello por y culminó en el suave posterior, en su nuca. Cada poro sufrió el encuentro con sus labios, mientras sus diez huellas digitales presionaban los delicados y femeninos músculos de la espalda. La acariciaba por completo entre feroces besos. Las manos alcanzaban hasta las pantorrillas, solo para volver apretando la carne. En los glúteos hicieron rondas de reconocimiento previo, continuando por la cintura directamente hasta los hombros. Un vehemente desvío de último momento, las llevó hasta entrelazarse con los finos dedos de ella y sostenerse juntos en símbolo de plena entrega sentimental.

Lengua tibia, suave como terciopelo, que recorre cada vértebra de su columna hasta su trasero. La respiración de ella es cada vez más exagerada, sobre todo cuando el cálido aliento de su amante, colisiona contra la piel húmeda que aún está enfriándose. El encuentro de los opuestos desata nuevas sensaciones.

Pequeños mordiscos, apretones de palmas y la lengua que se vuelve loca, marcan la llegada a su posterior. Con ambas manos levanta el cuerpo de la mujer, obligándola a posicionarse en cuatro patas. Zambulle su rostro en la entrepierna, solo permitiendo alejarse en mínimos periodos de tiempo, para respirar e intensificar. Recorre su ano, su vagina, su clítoris. Yemas duras con vida propia, que estrujan la delicadeza de los pechos que cuelgan boca abajo. Dedos independientes que retuercen sin dolor los compactos pezones. Nariz que se introduce en su canal amatorio, mientras la lengua rodea con urgencia el clítoris. Adelante, atrás, en círculos y luego succión con ambos labios.

Ella comienza a jadear con demencia. El primer orgasmo parece estar acercándose. Ambas manos se encuentran con la cadera y ella rueda sobre sí misma. Él la mira a los ojos para decirle en voz baja:

-Te quiero mi vida... Me volvés loco...-

Él volvió sin avisar a su buceo erótico centrándose con mayor ahínco en el pequeño clítoris erecto. Gradualmente comienza a jugar con dos dedos en sus labios inferiores. Ella está tan excitada que prácticamente no necesita lubricarlos. Los acaricia de un lado a otro, sin dejar de rozar la susceptible protuberancia lujuriosa. Ahora los mueve en círculos infinitos, para que ella no descubriera la perspicacia con la que se iban introduciendo hasta el límite más profundo. Arqueándolos delicadamente, buscaba acariciar el desarrollo interior. El rasguido melódico creció en ritmo hasta convertirse en el repetitivo movimiento de locomotora en eterno viaje de placer. La masturbaba en una perfecta coreografía de dedos, lengua y respiración. Vagina, clítoris, piel sensible. Adentro, afuera. Arriba, abajo. En círculos, a los lados. Todo lo físicamente posible se apropió de la oratoria genital.

Una mano estaba libre pero no desaprovechada. Con ella, él acariciaba con fuerza sus pechos. Dos mamas que se convertían en un solo gran elemento erógeno con la presión y de nuevo las hermanas volvían a ser dos.

De improvisto, dos dedos se acercaron a su boca. Ella los chupo como lo había hecho con su pene, para que sin buscarlo, se transformaran en una feroz garra que la tomó del cuello. Una leve presión aumento el ritmo cardíaco del corazón mujeril. Antes de que la sumisión pudiera ser incómoda, dolorosa, la mano perdió la tensión amenazante y decidió bajar apretando cada músculo, hasta llegar a su pubis. Allí presionó para evocar la intensa ferocidad animal requerida por la resistencia contra aquellos dedos que recorrían el interior de su vagina. La lengua fue violenta con su clítoris como no lo había sido hasta entonces. El orgasmo no pudo resistirse más.

La sala se llenó de pequeñas quejas de placer, gritos cortados, exclamaciones pornográficas y declaraciones de amor al sexo vivido. Ella

arqueó su espalda, sujetó los abultados hombros de él, intentando librarse de tanta intensidad erótica. Tironeos falsos, pruebas fallidas de intencional escape y marcas de uñas, coronaron el éxtasis absoluto. Temblores que no cesaban, ojos cerrados con poder. La tensa mandíbula pidiéndole por favor que pare o el desmayo sería el inevitable desenlace. Él sin embargo, solo detuvo sus dedos, pero se mantuvo lamiendo el rudo clítoris, que parecía querer escapar de la protección de aquellos enrojecidos labios vaginales. Una voz extraña escapó de las entrañas de aquella mujer en éxtasis total, pero no le dieron importancia.

-Esto recién comienza mi amor.- dijo él para desviar la atención con una dicción algo confusa al no deponer el sexo oral.

-Basta por favor. Basta... Basta... Basta...- rogaba ella entre dientes sin dejar de gozar.

Finalmente se detuvo. Levantó dulcemente su cuerpo, se puso junto a ella para abrazarla de espaldas, mientras encajaba ambos cuerpos como idénticas cucharas de plata. Su miembro seguía erecto y no dudo en instalarse entre sus glúteos. Sin que ella alcanzara a relajarse en el dulce momento, romántico, lleno de cariño que él había generado, comenzó a moverse, frotando su pene contra la tersa piel femenina. Estaba masturbándose con sutileza.

-Ahora me toca a mí darte placer, mi cielo.- dijo ella llevando la mano hasta rígido órgano masculino y presionándolo contra su cola para intensificar las sensaciones.

Acarició sus testículos mientras elevaba una pierna. Ella estaba tan mojada que el miembro no se resistió mucho al entrar a su vagina. Empujó con fuerzas logrando que él quedara inmóvil entre su cuerpo y el respaldar del sillón. Se agarró del apoyabrazos, doblando la cintura para comenzar con tibios bombeos hacia atrás. Uno, dos, tres, cuatro movimientos lentos pero intensos. Recorría toda la longitud del pene con su cavidad sexual. Cinco, seis, siete y la paciencia fue vencida. Oscilaciones de admirable potencia sacudieron el cómodo asiento. Él, para aminorar la revolución, tomó su rostro para girarlo con brusquedad. Ambos se besaron de costado cuando sus dos pechos fueron estrujados con una sola mano.

Ella saltando del sillón demostró no haber resistido la pasión.

-Me estas matando...- dijo ella jadeando nuevamente y lo increpó a que se pusiera boca arriba.

Buscó los preservativos que estaban en bolsillo del enorme jean masculino en el piso. Abrió el paquete y como nunca, en instante ese pene que tanto desea sentir dentro suyo para siempre, estaba cubierto y seguro. Ahora

más tranquila, subió sobre el masivo miembro erecto, una pierna a cada lado de su cadera y lo introdujo poco a poco hasta que estuvo del todo adentro. Ella sintió una pequeña molestia al final de su cavidad sexual, era más grande de lo que estaba acostumbrada y mil millones de veces más intenso. Movimientos circulares retomaron el sexo y fueron creciendo hasta ser violentos tirones hacia delante y atrás. Él tomó con una mano sus glúteos para coordinar el movimiento al gusto de ambos y con la otro apretaba sus pechos. El ímpetu que ella comenzó a manifestar le obligaron a tomarla con ambas manos de los glúteos. Era tal la enajenación del momento, que sin dudarlo introdujo apenas una falange del dedo índice en el tenso ano de ella. El grito de placer que ella dejó escapar de sus pulmones debería haber despertado a todos los vecinos. No paraba de gritar y de pedir que por favor no parara. Deseó ir aún más allá y se puso de cuclillas sobre él para rebotar sobre el gran pene con fuerza. La mezcla de dolor y éxtasis superaron cualquier placer jamás experimentado en su corta vida sexual. Otro orgasmo se abrió paso entre sus gritos y exprimió los pectorales de su amante mientras temblaba de satisfacción. Fue bajando el ritmo de a poco hasta que cayó rendida en los brazos de su amante. Él la abrazó sin dejar de penetrarla. Se besaron dulcemente y se miraban a los ojos sin parar. No hicieron falta palabras para decirse todo eso que pensaban y era todo eso era muy bueno. El corazón de ella retumbaba contra el gran pecho masculino. Era placer y amor. Sexo y cariño. Locura y respeto. Él la sostuvo y con gentileza mantuvo un movimiento sensible de caderas. No quería que las sensaciones decayeran. Quería continuar.

Sutilmente la giro sobre su estómago hasta que ella quedó boca abajo en sillón. Él se deslizó por detrás y la penetró. La sensación era aún más intensa. Ella mordió con fuerza el tapizado, realmente estaba agotando todas sus energías pero quería seguir gozando. Él la aplastó un poco con sus brazos y un fuerte movimiento de cadera comenzó a hacerle el amor con vigor. El pene entraba tanto y tan bien, que ella daba saltitos producidos por esa extasiante mezcla de dolor y júbilo. El bombeo duró unos minutos ininterrumpido hasta que él la dio vuelta de un solo movimiento. Ella amaba que él la poseyera y tuviera el control. Ahora era todo un toro sexual embravecido y ella una pequeña damisela entregada a la lujuria de su conductor. Él tomó ambas piernas de ella y las extendió sobre sus hombros. Colocó ambas manos en sus glúteos y la elevó unos centímetros. Nuevamente el miembro llenó por completo su vagina. La segunda ronda de gritos se abrió lugar en el silencio de la madrugada. La transpiración envolvía los cuerpos y les daba un fulgor majestuoso ante los rayos de luz artificial que titilaban desde el exterior por la ventana. El olor a sexo era imperceptible para los amantes, pero cualquier extraño no hubiese dudado del ritual amatorio que había de llevarse a cabo en esa habitación.

Los músculos en la cara de él comenzaron a contracturarse. Ella sintió como el pene se ponía más duro. Era el momento del orgasmo para su

hombre y sorprendentemente, el de ella también estaba en puerta. Un orgasmo compartido, el santo grial de los amantes.

Se miraron directamente a los ojos. La química entre ambos era impresionante. Ella experimentó cosas que nunca creyó poder sentir. Era feliz, plena y libre. Se entregó por completo a su amante, su nuevo amor.

El momento llegó. Ambos acabarían juntos. Ella tenía ganas de llorar de alegría mientras su cuerpo se estremecía. No podía dejar de mirarlo. Él le devolvió la mirada y de repente sus ojos se retorcieron hasta quedar blancos. La espalda arqueada en contra de su movimiento natural expuso su pecho abultado y torneado. Los abdominales bailaban en coreografía de espasmos involuntarios. Un grito sordo de placer revolvió el ambiente repleto de hormonas y sudor caliente, mientras ella retorcía los almohadones con sus manos. El éxtasis se transformó en un coro de aullidos y palabras entrecortadas de amor y lujuria.

Ambos seres se fundieron en un orgasmo trascendental. La intensidad del momento despegó el alma de los cuerpos y ambos se observaron extra corporalmente por un instante. Las pelvis se fusionaron en un solo elemento de pura sexualidad y sus pieles brillaban de erotismo salvaje.

Lamentablemente, el mejor sexo experimentado por ella hasta entonces, se vio interrumpido dramáticamente. En una mirada casual alcanzó a ver como las mandíbulas de él se descolocaban y abrían mas allá de lo humanamente posible. Un vapor blanco comenzó a desprenderse de su propio cuerpo como condensación gélida de invierno y se sintió completamente paralizada en la misma posición; que segundos atrás, era de puro placer. La boca masculina y demoníaca comenzó a succionar con gran fuerza todo aquella exudación blanca, hasta consumirla por completo. Un bramido agudo y desgarrador escapó de aquella gigantesca y oscura garganta. Un halo de humo negro cubrió el rostro del hombre y ella perdió la conciencia.